GINA CHEN

UNA VIOLETA HECHA de ESPINAS



CROSS BOOKS



1

El príncipe Cyrus regresa hoy a la ciudad, con alguien.

Desde la Torre de la Vidente, el punto más alto de la Capital del Sol, puedo ver una formación de banderas moradas ondeando en los campos fuera de la ciudad, la caravana real se acerca, con descenso pronunciado, hacia la entrada sur. Multitudes acordonadas concurren las calles, esperando para recibir a su príncipe en casa. Han pasado seis meses desde que Cyrus partió para recorrer el continente, desde que se dispuso a «buscar toda la sabiduría de la tierra y sus generosos pobladores» que no podía aprender en un palacio.

O algo por el estilo. Dejé de escuchar su discurso de despedida cuando iba por la mitad.

Principalmente, su viaje era para encontrar una esposa, una solución a su maldición. Cyrus no mencionó eso en su discurso. Esto lo sé porque su padre, el Rey Emilius, lo reprendió después debido a esta omisión; luego tuve que mencionarla yo en *mi* discurso, pasados algunos días, cuando anuncié que había soñado con una nueva profecía.

La mejor parte de ser Vidente no es la torre, ni sus amenidades, ni la cercanía al rey. Es la facilidad con la que todos creen en lo que dices.

—La capital estaba menos animada sin Su Alteza. Sí extraño a esas chicas fuera de control, tratando de salvarlo —dice una mujer con cara de durazno, sentada en mi mesa de adivi-

nación—. Supongo que eso cambiará para bien. Él ha escogido a nuestra próxima reina, ¿no es así?

Si Cyrus me había hecho caso, lo habría hecho.

—Más le vale —susurro volteándome hacia la ventana.

—¿Disculpe?

—Dije que *la encontró*. —Esbozo una sonrisa enigmática a mi clienta solitaria. Con el regreso de la caravana, no esperaba que nadie visitara mi torre hoy. Esta mujer luce como alguien demasiado práctica como para formarse por un vistazo de un rostro de la realeza: con un bronceado de sombrero de ala ancha y las manos llenas de callos, volteadas hacia arriba sobre la superficie de mármol de la mesa de adivinación—. Si habla de la profecía que recibí antes de que Su Alteza se marchara, mis sueños me dijeron: «El Príncipe Cyrus conocerá a su futura esposa antes del final de su viaje». No más que eso, no menos.

Ella asiente.

—No recordaba las palabras exactas que usted utilizó…

—Las palabras exactas son importantes. —Estuve dándole vueltas a este cuarto durante cuatro noches para decidirme por esas palabras y no permitiré que se recuerden de manera incorrecta ahora, cuando al fin importan. Levanto mi túnica, tomo asiento frente a ella y empujo mi pesada trenza sobre mi hombro. Entre más pronto termine esta lectura, más pronto podrá terminar la plática banal y podré marcharme en dirección al palacio y saludar al príncipe—. ¿Qué es lo que desea que yo vea por usted?

La ceja de la mujer se mueve. Mi concisión la ofende, aunque no lo dirá.

—Mi única preocupación es la temporada de cosecha, señora clarividente Violeta. Cualquier cosa en relación con el futuro de mi granja. Rezo por que los Dioses del Destino sean bondadosos.

No me gusta hacer estas lecturas de fortuna, pero el rey insiste en que interactúe con el pueblo con regularidad, para

que así confíen en la chica detrás de las profecías del reino. Era esto o hacerla de casamentera, y ver a bufones enamorados me dan ganas de vomitar.

Pongo mis manos sobre las suyas y el roce de mis dedos contra su piel despierta algo brillante como sol en mi mente. Cierro los ojos y me enfoco en los surcos de sus manos, los pliegues y cicatrices, la sangre que fluye debajo, cualquier marca física de su historia que pueda usar para anclar mi magia. En el don de clarividencia en mi mente encuentro los hilos que unen su alma al girar de este planeta:

Una granja en una ladera, dorada con flores de hada.

Viajes a la Capital del Sol, parte de su rutina mensual.

Una granja diferente en la frontera. ¿Familia? ¿El hogar de un amante? El Bosque de las Hadas se cierne en el horizonte.

Largos días de trabajo de campo convirtiéndose en noches.

Y así sucesivamente.

Los hilos más claros son aquellos que ya sucedieron: sus recuerdos. Los hilos futuros, por otro lado, se ven nebulosos y pueden ser, incluso, contradictorios. Los Dioses del Destino son caprichosos y la fortuna siempre está cambiando. Si no puedo ver el futuro directamente, puedo sentir las intenciones de los Dioses del Destino en su lugar: un mal presagio se siente como la ráfaga húmeda antes de la tormenta; una oportunidad, como remojarse en miel tibia. Pero la mayor parte del tiempo, a los Dioses del Destino no les gusta mostrar sus cartas.

No a menos que sea su intención de cualquier modo.

Mis clientes tienen que lidiar con lo poco que veo. Soy la única Vidente del Reino de Auveny, la única opción que tienen. Esto no es una coincidencia. Hay nueve Videntes conocidas en el mundo, cada una de nosotras está al servicio de diferentes cortes, somos demasiado útiles como para que no nos tengan cerca. Escuché que una Vidente en Yue, aparte de sus profecías, puede predecir las tormentas a partir de las ondulaciones

de un estanque, y que otra en Verdant conoce la fecha de cada cumpleaños.

Soy la Vidente más joven a mis dieciocho años, recogida de las mismas calles de la Capital del Sol, hace siete años. Todo lo que sé hacer es soñar, leer hilos y mentir.

—No creo que tenga que preocuparse —murmuro mientras mi don se asoma en la bruma del futuro de esta mujer. Adorno mis visiones vagas con detalles de sus recuerdos—. Sus flores de hada crecerán bien este año, pero manténgase diligente. No deambule demasiado si es posible, y permanezca en su granja.

Cuando abro los ojos, la mujer retira sus manos.

—Bondadosos Dioses del Destino, es muy bueno saber eso —dice—. ¿Algo más?

Divago hasta que al fin queda satisfecha. Me da las gracias y arroja una moneda de plata dentro del cuenco vacío de la fuente, que se ha convertido en el contenedor de las ofrendas, y se marcha de mi torre.

Me asomo por encima del borde dentado de la fuente y suspiro. No dependo de las monedas, ya que el palacio provee todo lo que necesito, pero con la Vidente anterior la fuente desbordaba ofrendas. A mi cargo, se ha vuelto un poco… polvosa.

Y ahora que Cyrus ha regresado, mi reputación solo empeorará.

El barullo afuera sube y baja. Apenas necesito mirar a la ventana para saber que la caravana real está dentro de la ciudad. La corte ha estado tramando el regreso de Cyrus prácticamente desde que se fue. El Rey Emilius ha enfermado más y se espera que Cyrus ascienda al trono antes de que acabe el año. El momento de hacer algo para ganar su aprobación es ahora.

Mis dientes rechinan. Eso va para mí también.

Hace siete años, la señora clarividente Felicita, que las estrellas guíen su alma, pronunció su profecía final:

«La tierra florecerá roja con sangre, rosas y guerra. El príncipe… su corazón será condena o salvación. Su decisión podría salvarnos a todos. ¡Su esposa… de ella depende! Una maldición, una maldición, maldita maldición. Dioses, estén atentos».

Y eso fue antes de que ella muriera. Una criada que la atendía en su convalecencia afirma que la boca de la Vidente estaba abierta e inmóvil, su puño estaba apretado cerca de su cuello, como si hubiera estado luchando contra alguien para poder hablar. Incluso muerta no pudieron estirar su cuerpo.

El reino se sumergió en la paranoia. ¿Felicita había augurado el fin de Auveny? ¿El fin del mundo? ¿El príncipe era el detonante? Me convertí en la nueva Vidente después de la muerte de Felicita, pero para ese entonces apenas era una huérfana interpretando un papel en ropas de seda, confundida como cualquiera. Nunca soñé con lo que Felicita describió.

Mi falta de respuestas no me ganó la simpatía de nadie.

Buscamos ayuda de Videntes que servían en tierras vecinas, y les advertimos a su vez, pero ni siquiera podían percibir ningún augurio venidero. La Abuela Vidente de Balica nos hizo considerar que quizá, si es que Felicita no deliraba por la fiebre, eso significaba que lo que sea que vio era muy lejos en el futuro. Teníamos tiempo para prepararnos.

Y así, con cada nueva estación, con cada gala, con cada dignatario visitante, el reino contenía el aliento, esperando que Cyrus se enamorara. La profecía de Felicita era bastante clara en ese aspecto: el futuro yacía en el corazón del príncipe, su decisión, su esposa.

En siete años Cyrus no había escogido a nadie. Tenía una profecía siniestra sobre sus hombros y decidió ser *quisquilloso*.

Pero solo podía demorarse por determinado tiempo.

Me dirijo al palacio para presenciar los resultados de su recorrido por mí misma. Es una caminata corta, gracias al puente que conecta la entrada de mi torre al extremo norte de las tierras del palacio. Sin él, tendría que bajar doscientos escalones hasta la base de la torre, asentada muy por debajo en las orillas del río Julep. La Torre de la Vidente es una retorcida reliquia del Bosque de las Hadas, que alguna vez cubrió el continente; creció, no se construyó, así que nunca estuvo hecha para ser práctica.

Cuenta la leyenda que una de las primeras Videntes levantó las paredes desde el piso y las alzó tan alto para poder vivir entre las estrellas. Proezas como esta solían ser comunes, supuestamente, cuando el Bosque de las Hadas era extenso, las naciones eran pocas y la tierra rezumaba magia. Yo no lo hubiera creído si no soñara a veces con largos hilos del pasado, de tiempos en los que los árboles eran más altos que las montañas, las marquesinas estaban iluminadas por hadas y los humanos no eran las criaturas más inteligentes que deambulaban por los bosques.

Hoy la Torre de la Vidente está, sencillamente, fuera de lugar. Sobresale en el cielo como un colmillo, un tronco de vides petrificadas que se alza desde las riberas de los ríos, un verde escueto en contraposición con la ciudad desarrollada. Una brisa se enreda a través de mi túnica cuando cruzo el puente que se aleja de la torre. Las vistas de la Capital del Sol desaparecen detrás del muelle de mármol del castillo y sus chapiteles con puntas doradas. Atravieso un conjunto de puertas y los jardines se despliegan ante mí: un entramado de macizos cuidados de flores, fuentes esculpidas y árboles ornamentales.

Sobre la marcha recibo algunos saludos: una reverencia rápida de algún hombre o mujer, junto con algún murmullo de «señora clarividente», otros saben que no me importan esas formalidades. Caminando de puntitas y sigilosa por el angosto

camino del guardián, entre el laberinto de setos y una hilera de begonias recién podadas, llego a una de las entradas traseras del palacio con solo un poco de tierra en mis zapatillas.

Adentro, todos los cuartos y pasillos están llenos de gente que platica. Una arruga se teje en mi cara; estoy perturbada por lo que escucho por casualidad, y por lo que *no* escucho.

Subo por la escalinata a las habitaciones reales y las conversaciones se van apagando. Los guardias afuera de los aposentos de Cyrus se ven inquietos cuando me acerco, pero no me detienen.

Abro de par en par las puertas dobles que llevan a su habitación.

—*No la dejen pasar…* Violeta, *vete*.

Mis ojos se posan en Cyrus, que está cerca de su armario. El príncipe está prácticamente vestido. Y, uff, más guapo que antes.

Cyrus Lidine de Auveny está hecho de una tela de los sueños de los libros de cuentos: apuesto, ilustrado, ingenioso (si se digna a hablarte) y hermoso, incluso sin encantamientos de hada. Podría hacer que un costal se viera elegante, y su sonrisa es responsable de más episodios de desmayos que el calor del verano.

Ahora, en el ocaso de su décimo noveno año, ha alcanzado su altura máxima, los músculos han suavizado sus ángulos adolescentes, sus ropajes ya no se abultan en las coyunturas, dado que ya terminó de crecer. El color ha regresado a sus mejillas, alguna vez pálidas como la porcelana, después de un brote de enfermedad en la infancia. Se ha desprendido de su aire pueril con un nuevo corte en su cabello cobrizo.

Sin embargo, algunas cosas nunca cambian, incluyendo la mirada desdeñosa que nivela a mi estatura cuando no me marcho. Estos meses separados no han atenuado el odio entre nosotros.

Una vida eterna separados no lo haría.

—No puedes entrar aquí sin permiso… —Comienza Cyrus.

—Y aun así lo hice —murmuro echando un vistazo al cuarto. Soy la única otra persona aquí, lo cual es un problema. La cama está tendida. Su baño parece vacío. No vi ningún cortejo en el piso de abajo, ni a las damas de la corte apiñadas alrededor de la más nueva adición a la sociedad de la Capital del Sol. Lo que me lleva a la pregunta—: ¿Dónde está?

Cyrus voltea al espejo y continúa abotonando su chaleco.

—¿Quién?

—Su futura Alteza. *La chica con la que te casarás*.

—Eso no es asunto tuyo.

Camino hacia él, mi trenza se mece.

—Es completamente… —Me coloco entre Cyrus y el espejo, mientras él exhala con un suspiro pesado—. Mi asunto. —Si no hubiera estado mal alimentada los primeros años de mi infancia, podría haber crecido lo suficiente como para estar a la altura de sus ojos. Como están las cosas, me saca cinco dedos de altura y tengo que levantar la barbilla para fulminarlo con la mirada—. Anuncié que encontrarías a tu futura esposa y aquí estás, con los brazos vacíos. *No* me hagas una mentirosa.

—Entonces, no debiste haber mentido.

Entrecierro mis ojos. Cyrus me ignora, mientras se pone un saco con estampado de aves.

Era solo una pequeña mentira, algo para sofocar las habladurías. El otoño pasado hubo reportes de que el Bosque de las Hadas se estaba tornando negro cerca de las fronteras, con pétalos color rojo sangre que volaban por las aldeas de noche. La gente se estaba poniendo ansiosa, así que el Rey Emilius me pidió que viera en el futuro en busca de pistas o clarificaciones sobre la profecía de Felicita.

Sin embargo, mis noches pasaban en vano, mis sueños estaban desalentadoramente vacíos.

Así que mientras Cyrus se iba en su recorrido, inventé algo para calmar a la corte.

El Príncipe Cyrus conocerá a su futura esposa antes del final de su viaje.

Una mentira pequeña encuentra su lugar como el vino rebajado. Apenas lo notas, y si lo haces, no es un problema lo bastante grave como para quejarse. Cyrus necesitaba encontrar esposa en algún momento. Todo lo que hice fue darle un margen de tiempo.

—Bueno —digo con los brazos cruzados—. En realidad no soñé que encontrarías a tu futura esposa. No tendría que haberlo hecho. Deberías haber escogido a alguien a estas alturas. —Se podría hacer un camino con las admiradoras embelesadas con él en la calle. ¿Qué tan difícil podría ser?—. Mientras la profecía de Felicita penda sobre tu cuello, la gente tendrá miedo de ella y temerán por tu reino también. Dicen que estás *maldito*. No te lo dicen a la cara, es obvio. Te gané algo de tiempo, principito, tiempo y optimismo.

Revisando sus mangas, Cyrus ajusta los botones con forma de cabeza de león y continúa con su aburrido discurso monótono:

—Veo que estás más preocupada por las apariencias que por la profecía en sí misma.

Le muestro los dientes.

—Puedo estar preocupada por dos cosas al mismo tiempo.

—Por supuesto: tu precaria reputación y la opinión que mi padre tiene de ti.

—Los últimos informes de las patrullas llegaron la semana pasada. Encontraron árboles pudriéndose en el Bosque de las Hadas.

—Estoy enterado. Los vi. —Al fin deja de preocuparse por su ropa y baja su mirada a la mía, la inquietud enmarca el verde de sus ojos, pero no se la sostengo por mucho antes de que mire a otro lado—. Mi padre ya debe haber mandado tropas a quemarlo.

—Pero la *raíz del problema*…

—… puede que sea la última profecía de Felicita, sí, pero no puedo hacer nada. No puedo decidir cuándo ni de quién enamorarme.

La profecía de Felicita solo mencionaba una esposa, el amor no debe tener parte en ello, pero Cyrus es un romántico, piensa que eso importa. De lo contrario, a estas alturas ya estaría celebrando su tercer aniversario de un matrimonio arreglado con una princesa verdantesa.

—Ni siquiera lo estás intentando —me mofo.

Cyrus mueve la cabeza.

—No estoy dando falsas esperanzas de que la profecía se romperá, eso es todo. —Se gira hacia las puertas del cuarto.

Yo le piso los talones, fuera de sus aposentos y hacia el vestíbulo, donde los cortesanos pululan. Se voltean hacia el príncipe con ojos iluminados y con preguntas listas. Cyrus ostenta una sonrisa deslumbrante antes de dejar de sonreír bruscamente tan pronto trota para bajar las escaleras, evadiéndolos a todos. Dos guardias lo resguardan, pero me escabullo.

Bajo mi voz:

—¿Al menos tienes un plan para cuando despiertes el pánico entre tu gente?

—No voy a discutir esto *contigo* —susurra.

—*¿Conmigo?* —me burlo en el mismo tono, con los dedos presionados contra mi pecho.

—Tú, que tomaste cada oportunidad que tuviste, por años, para socavarme.

—Años que no tendrías si yo no hubiera salvado tu vida.

Cyrus me fulmina con la mirada. Odia cuando traigo a colación cómo nos conocimos. A mí me encanta mencionarlo.

Tan pronto como llega a la planta baja, da un giro brusco para evitar a las multitudes errantes que se dirigen a nosotros en el atrio. La alfombra ahoga la rapidez de sus pasos conforme

trata de dejarnos a mí y a todos los demás atrás, pero yo mantengo el paso; la seda azul de mi túnica flota tras de mí.

—Esto no es solo cuestión de la profecía —digo detrás de él. Muchos duques están poco entusiasmados por su ascenso. Consideran a Cyrus demasiado *honesto*—. El Consejo usará el miedo en tu contra, dirán que eres inadecuado para el trono. ¿Qué parte de «estás maldito» no entiendes?

Sus labios forman una línea delgada, sabe que tengo razón.

—El Consejo debería concentrarse en sus propias ocupaciones, en vez de en las últimas palabras de una profeta febril que no dio detalles ni un margen de tiempo. Mañana podríamos ser derribados por un terremoto, una inundación o una estrella caída, pero nadie está paranoico por eso.

—Eso es muy lógico, pero la gente es tan alérgica a la lógica como al polvo de hadas, principito…

Él gira sin avisar y casi choco contra él. La cola de su capa se enreda alrededor de mis pies.

—Ni siquiera me quieres como tu rey. ¿Por qué debería escuchar tus consejos?

Me trago un nudo de amargura por la garganta. Porque él *será* el rey, no importa el pánico. No importa lo que el Consejo piense. Cyrus, al final, siempre obtiene lo que quiere.

—Podemos ocupar nuestra energía en pelear o en aprender a trabajar juntos. No tenemos que caernos bien para ser inteligentes con respecto a esto.

—¿Y qué si yo no quiero trabajar contigo?

—Tendrás que hacerlo algún día. Soy tu Vidente.

—Yo podría cambiar eso.

Me río como de costumbre, el fondo de su mirada tiene un filo frío. Siempre hemos peleado de esta manera, pero aun así… No, Cyrus no me podría dejar ir en realidad. No tiene el valor para hacer algo tan insólito como retirar a la Vidente en turno, no cuando hay tan pocas en el mundo.

Me humedezco los labios.

—Me necesitas más de lo que me odias. —Arrogante, tal vez, pero es la única manera de poner en evidencia sus verdaderas intenciones.

La comisura de la boca de Cyrus se curva hacia arriba, es el único indicio de que pudo haber disfrutado alguna parte de esta conversación.

—Ah, ¿sí?

Se vuelve a voltear. Lo veo irse hacia el fondo del pasillo, hacia las puertas doradas de la Cámara del Consejo. Un lacayo le abre la puerta con una reverencia y Cyrus desaparece al interior.

La mayoría de los catorce duques del Consejo o sus representantes llegaron hace una semana para su sesión bianual. Hay bastante pompa y muy poco progreso conforme discuten sobre los impuestos y las asignaciones de la Guardia del Dragón para sus respectivos dominios. Auveny es la más grande y rica de las naciones del Continente del Sol (supera a la República de Balica al sur y al Reino de Verdant más allá del Bosque de las Hadas y las montañas del este), un estatus que alienta una mezcla de ambición y complacencia en nuestro liderazgo. También nos enorgullecemos por ser un reino modelo, con leyes justas y oportunidades, incluso para los súbditos de más abajo.

Así que hay bastante arrogancia también.

Es aire demasiado caliente como para que escuchar a hurtadillas valga la pena, pero cualquier cosa interesante encontrará su camino pronto; los secretos saltan como pulgas en la Capital del Sol. Si hay algún asunto que requiera la atención de una Vidente, el rey mismo me llamará.

Después de que Cyrus entra a la Cámara del Consejo, espero el cambio de atmósfera en la biblioteca de arriba. Paso muchas mañanas entre esta selección de tomos; puede que estén muy secos, pero son una manera de ponerles nombre a las cosas des-

conocidas que he visto en mis sueños. Yo nunca he estado muy lejos, fuera de los montes con las ramificaciones de los ríos de la capital. Mis deberes me mantienen aquí y trato de ser una presencia confiable; recibo suficientes críticas sin agregar «floja» a esa lista.

Estoy hojeando las bitácoras de viaje de un explorador yuenen del Continente de la Luna, cuando escucho las puertas abrirse de par en par, seguido de una serie de gritos. Ni siquiera ha pasado una hora. Bajo el libro y sigo al alboroto junto con una multitud creciente hacia el patio principal, donde Lord Rasmuth del Séptimo y Lord Ignacio del Treceavo tienen una disputa.

El último da un pisotón lo bastante escandaloso como para sobresaltar a los pájaros en el cielo.

—¡Al diablo la eficiencia! —brama Ignacio—. El príncipe sigue maldito. No tendrá mi apoyo como rey hasta que encuentre una reina… y, me atrevo a decir, ni siquiera así.

A pesar de mi baja estatura, sobresalgo entre la multitud con mi cabello negro y mi túnica brillante en movimiento. Las miradas cercanas comienzan a dirigirse hacia mí en busca de respuestas, exactamente la situación que quería evitar.

Suspiro con pesadez mientras una dama con una chalina cerca de mi codo voltea unas tres veces en mi dirección, como si estuviera reuniendo la iniciativa para preguntar. Finalmente habla, mirándome una cuarta vez, después de una reverencia rápida.

—Señora clarividente, ¿no tendremos una boda pronto? Pero usted dijo…

—Que Su Alteza encontraría a su verdadero amor antes del *final de su viaje* —termino con énfasis—. No al final de su *recorrido*. Es claro que su viaje todavía no termina. —Es por esto que las palabras exactas son importantes.

Me disculpo, alegando un dolor de cabeza. Abriéndome camino hacia el palacio, puedo ver las nuevas implicaciones de mi respuesta repercutiendo entre la gente de la muchedumbre,

en medio de expresiones de sorpresa y murmullos. Las noticias correrán por toda la ciudad antes del anochecer.

Los pasos de Cyrus se escuchan cerca, más fuerte que los de nadie más, enviando el mensaje de que Su Alteza no responderá preguntas en este momento. La cola de su saco ondea delante de mí cuando se dirige al ala donde están las oficinas de su padre.

No puedo resistirme a decirle:

—Odio decir te lo dije, principito, pero, ah, espera, no, no lo odio. *¡Te lo dije!*

Ni siquiera se detiene a lanzarme una mirada amenazante.

El intento de Cyrus de rebelarse representa un contratiempo para nosotros dos, pero más para él que para mí. El Rey Emilius conoce el humor de su hijo. A pesar de las sonrisas diplomáticas que muestra en público, Cyrus discute con su padre, incluso más que conmigo, y nunca gana. Esto lo sé porque nunca en mi vida he escuchado que el rey cambie de opinión sobre nada.

Yo, por otro lado, siempre he estado en buenos términos con el rey, y Cyrus me guarda resentimiento por eso. Es difícil ganarse el respeto de su padre, tan raro como un tesoro saqueado de las profundidades de una guarida de dragón. Ese respeto me protegerá incluso cuando Cyrus ascienda al trono. El Rey Emilius probablemente mantenga una mano en los hilos de los títeres aun después de entregar su corona; el Consejo de Duques, todos nombrados por él, son leales a Emilius y ahí es donde yace el verdadero poder.

La tarde cubre el cielo tan pronto regreso a mi torre. Disfruto estas horas, cuando es demasiado tarde para que alguien solicite mis servicios. Arriba, en mi habitación, enciendo el fogón y preparo un baño fresco. Deslizo mi túnica por mis hombros, desabotono mi falda, jalo mi blusa y la saco por encima de mi cabeza.

Me preparo y me sumerjo en la bañera, prosigo a tallarme a la luz del fuego. Las viejas cicatrices se han desvanecido, en